

IV

TRES CUENTOS CORTOS

Roger Vilaín

Albor

Lucho entra, se desprende de las pantuflas marrón oscuro que compró en una bodega del campo, suelta la toalla encima de la barra y de una vez, como un condenado que sube a su cadalso, hace girar la rosca hacia la izquierda.

Primero los brazos, el pecho, los hombros, piensa en la locura de Eugenia al fugarse con Lorenzo, ese hombre es una mierda. La tía llama para el almuerzo, pero yo iré después, total, siempre termino solo a la luz de la campana; en la cocina no hay jamón, prometí comprarlo ayer; olvidé llamar a Elena, que uñas tan largas. Si le hubiera dicho la verdad, no le convenía, ahora se fue y no puedo hacer nada; pobre Eugenia y todo por sus quince años: el amor no existe, existe Freud, la naturaleza es engañosa y juega bien al

ajedrez. Y al estilo Antiguo yo me enamoré como un loco de atar, ooh, pero ella me dijo que no, tararaaá, que nada pasaría entre los dos, y al estilo antiguo yo me enamoré como un loco de atar, ooh, y esta historia de amor, tararaaaá, al estilo antiguo terminó; la clase es a las ocho, de ocho a diez; se lo pregunto antes, le digo que un minuto nada más; sus ojos, su pelo, su nariz, su boca y esas cosas que sirven para comenzar, se lo voy a decir mañana; esto se está enfriando, mas caliente, menos fría, okey.

Lucho cerró, viró la llave en sentido contrario esta vez, sintió fresco al salir. El hule de goma tomó un azul intenso cuando se detuvo sobre él. Ahora todo lo contrario: secó los pies y las rodillas, los muslos.. Varias gotas resbalaron por el cuello. La tía llamó otra vez, dijo que sería la última; me apresuré, a ver si no me quedo solo; el cierre se rajó, speed estick, no hay, si Luisa me viera diría que estoy enamorado, lo dice cuando pasan estas cosas; entonces talco, el cinturón reversible (los zapatos son negros); si pudiera comenzar de nuevo, si ella lo viera así, no quiero que piense lo peor, mañana se lo digo, lo aclaro bien para evitar otros males; me voy a las siete, es que no hay buses, mejor dicho, los hay sin cupo disponible, me voy a las siete y se lo digo todo, se lo explico de la mejor manera, un café, un sandwich y se lo digo, después le lanzo la pregunta, ya está, el lunes me corto el pelo, las patillas de Simón Bolívar, ya voy!, el vidrio empañado, con la toalla lo seco.

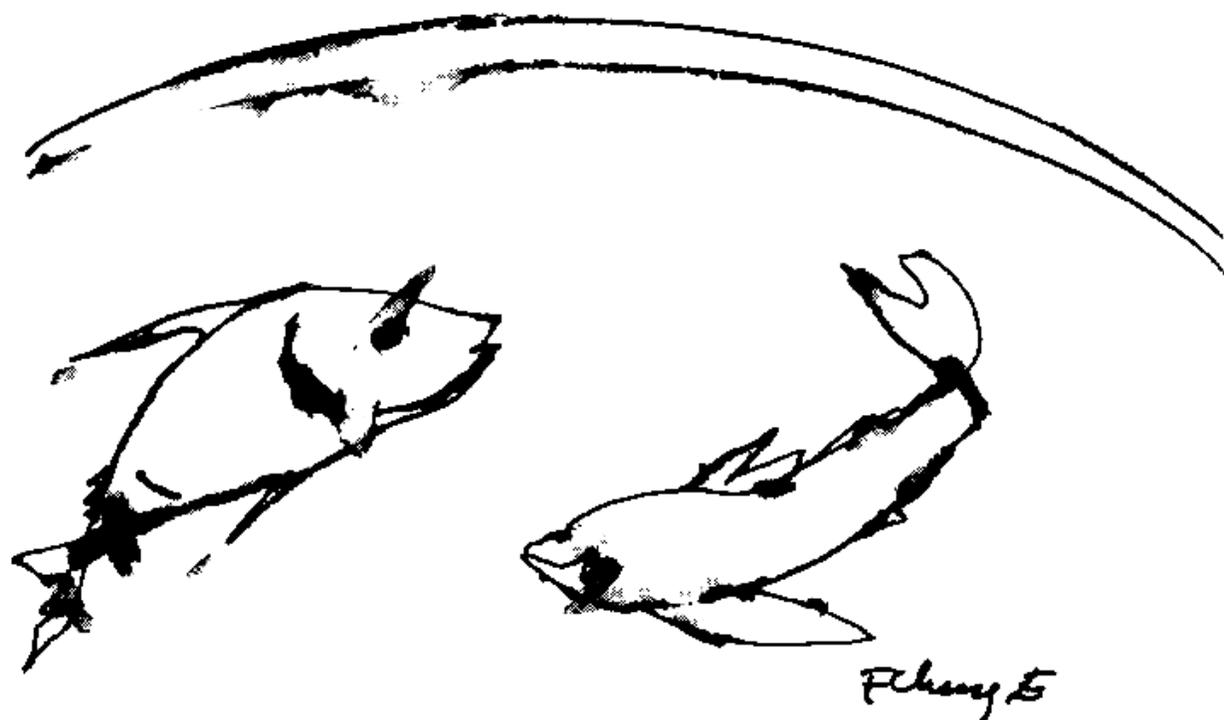
Me quedé dormido; otra vez. La clase de las siete, maldito reloj sin tiempo, no le di cuerda. Me levanté, las pantuflas marrón oscuro, solté la toalla encima de la barra, y de una vez, como un condenado que sube a su cadalso, hice girar la rosca hacia la izquierda.

Los cuernos de la luna

El sueño terminó al momento de la confesión. Iba a proponérselo cuando la luz de la ventana descargó el rayo fulminante. No lo sé, pero de alguna manera lo agradezco. No es que sea cobarde, ni siquiera me perturbé demasiado. Sin embargo sentí un placer indescriptible al verme de este lado. Las cosas son así, decía mi abuelo desde su sillón recién traído de un bazar barato. Las cosas son así y nadie las puede cambiar, olvídense de eso, déjela en paz.

Tomé las alforjas y me fui tranquilo por el camino de la choza. Me gusta por su olor a niebla y sus enredaderas que aparecen algas en pleno mediodía del llano. No le di importancia a lo de aquella noche, caminé despacio, inspiré profundo para recibir la bocanada de viento y me dejé atrapar por la idea de un paraíso alrededor. Otra vez estuvo ahí. Mis manos, en un mísero descuido voluntario, rozaron los vellos de su piel. No hablé, busqué palabras para intentar un diálogo, me esforcé en procurar una sinfonía de pétalos con el favor de las rosas que en el jardín aguardaban. Nada pasó. Se fue despacio, de espaldas. No pude caminar ni llamarla a gritos porque simplemente no tuve las fuerzas para hacerlo. Pensé por un momento en el jardín, el perfecto escenario para este encuentro que prometía repetirse de inmediato. Ensillé y tomé la vía más corta. Para llegar a tiempo galopé seguido durante media hora. Imagino los ratos de sosiego, de encanto creador a la luz de una luna grande como lo blanco de sus ojos. Digo sólo "lo imagino" pues como ayer, y de eso hace ya tiempo, no he encontrado un estado de paz parecido al que un día tuve.

Al recostarme se dirigió a mí. Esa sonrisa de níspero se asoma todavía por las rejas de un abismo tan borroso como la historia que ahora cuento. Busqué el collar de ostras y lo dejé sobre su pecho. De un salto se volvió, caminó despacio hacia la sombra del gran árbol y se esfumó entre la llovizna que empezaba. Traté de seguirla y comprobé que era imposible. De nada me valdría hablar aunque pudiera. Decidí despertar, estiré el cuerpo con fuerza para alejarme del sueño. Ella estaba enfrente, su rostro azul me miraba de reojo.



Historia de Ageheshuich

La paleta se limita a su oficio, los colores pasan descalzos, a veces unos, en ocasiones unos y otros. Aquella mano avanza y el trabajo va saliendo. Ahí va: al principio como un desorden que a pedazos busca la cabeza de un pez y la curvatura lisa de una fruta encima del mantel. Luego está el azul cargado de cielo, y un poco más allá el manotazo recio que lleva un vómito de blanco. Su mano dibuja una mano que nada tiene que ver con la anterior, entonces las uñas buscan su matiz gracias al vuelo rasante de una pincelada. Se fue el tiempo, él pasa su pañuelo por la frente, sale a buscar otros rumbos. Es un verde parecido a ese mar cargado de algas que da forma a la camisa desabotonada, al cuerpo de palma que estira los brazos hasta el sol; ya asoma la figura, un medio boceto, un cuadro a medio terminar que se revienta con el negro, el verde y un poco de azul. La silueta de carbón, el volumen de pasta, se pierden ahí donde no sabemos si es de noche o está llegando el día.

Ahora se retira y observa desde lejos. Corre, siente el chorro de sangre que se desprende del pecho y se estrella en su cabeza y en la planta de sus pies. Llena la espátula, acaricia la tela con un rubor de enamorado mientras nace otra forma. La penumbra no hace bromas, de sobra sus sentidos están muertos de esperar y nunca entenderá lo otro que corre de espaldas a su espalda. Y el pincel fluye, los colores preñados destellan esa cosa que poco a poco cae, y aparece el retrato de un hombre compungido que mira y escribe y cree tener el cielo ganado para sí.